

LA NATURALEZA EN LA PROSA DELIBIANA

Guy H. WOOD
Félix TEJADA ROMERO
University of Colorado

El propósito general de este estudio es comentar el papel que desempeña la naturaleza en la ficción de Miguel Delibes. Para poder hacerlo, será menester analizar el desarrollo técnico y estilístico del novelar delibiano y relacionar esta evolución con el creciente y variado uso de elementos paisajísticos y de la flora y fauna en su producción literaria.

Habrá que ver cómo Delibes convierte su experiencia vital, sus viajes, sus excursiones de cazador, su profundo amor a la Castilla rural y su marcada preocupación por el eclipse del campesinado castellano y la ecología en un rasgo estilístico que caracteriza su obra. Consecuencia de su alarma ante la desaparición de la vida rural y del menoscabo ecológico será la creciente importancia del paisaje dentro del «mensaje» sociopolítico que el novelista imparte a sus lectores. El análisis de la naturaleza en la obra delibiana permite un acercamiento a la ideología del escritor, y lleva a un mejor entendimiento del novelista. Para entender el pensamiento de Delibes es necesario investigar la relación que sus personajes guardan con la naturaleza: la necesidad del individuo de volver a sus raíces en busca de la autenticidad personal y al mismo tiempo se analizará la lucha que el hombre sostiene con la tierra para sobrevivir.

Dada la extensión de la prosa delibiana, este estudio se divide en dos fascículos. El primero abarca desde *El camino* (1950), tercera novela de Delibes; libro en que el medio ambiente de veras empieza a pesar en el estilo del escritor vallisoletano y termina con un análisis de la naturaleza en *Las ratas* (1962). En la segunda parte comenta el papel que desempeña la naturaleza en la obra delibiana a partir de *Parábola del naufrago* (1969), y termina con un análisis de la naturaleza en *Los*

santos inocentes (1981). Nótese, que a lo largo de treinta años (con la excepción de *Cinco horas con Mario* (1966) y *El príncipe destronado* (1973), la naturaleza no deja de aparecer en la novelística delibiana.

A lo largo de esta indagación se hará hincapié en los tres tipos de naturaleza que se encuentran en la prosa delibiana. La primera es la «naturaleza natural»,⁽¹⁾ la que no ha sufrido las influencias del hombre. La segunda es el campo que ha sentido los efectos de la presencia del ser humano, ya sean los del campesino o los avances tecnológicos protagonizados por el hombre del siglo XX. Finalmente, Delibes aprovecha los elementos fantásticos de la fenomenología naturalista para renovar su pluma y obtener valores simbólicos nuevos.

La experiencia vital de Delibes influye trascendentemente tanto en su apreciación como en sus descripciones paisajísticas. Es sabido que se basa en sus propias observaciones para crear el trasfondo y la circunstancia en que se desenvuelven muchos de sus personajes. Por ejemplo, el pueblo en que de niño veraneaba el novelista, Molledo-Portolín, es el lugar en que se ambienta *El camino* ⁽²⁾ Asimismo, Lorenzo, un bedel apasionado por la caza y protagonista de *Diario de un cazador* (1955) y de *Diario de un emigrante* (1958), es calificado por el novelista como «un Miguel Delibes rebajado»⁽³⁾ Los ambientes que Lorenzo frecuenta, una capital de provincia (Valladolid) y el campo de Castilla, son los en que Delibes ha vivido toda su vida.

En estas obras, que se publican entre 1950 y 1958, no sólo se observa el amor que Delibes siente por el campo sino sus conocimientos campestres también. *El camino* es, al mismo tiempo, la historia de Daniel, el Mochuelo y la historia del valle donde le ha tocado vivir; contada desde la perspectiva del Mochuelo y de la de su creador. A su vez, este microcosmo se divide imperceptiblemente en dos. Uno es el pueblo, que es un mundo de queseros, zapateros y herreros, lleno de adultos. El otro es el paisaje circundante que se compone de arroyos, montañas y animales, y en el que Daniel y sus amiguetes se sienten libres. Gozan de un vida al aire libre que despierta en Daniel (Delibes) un lirismo nostálgico:

El Pico Rando asumía de noche una tonalidad mate y tenebrosa..., y los silbidos distantes de los trenes, los soñolientos mugidos de las vacas, los gritos lúgubres de los sapos bajo las piedras, los aromas húme-

(1) Término delibiano.

(2) Miguel Delibes, *Castilla, lo castellano y los castellanos*, (Barcelona: Planeta, 1979), p. 22. Escribe: «... en *El camino* rindo un emocionado homenaje a la Montaña, ... donde están mis raíces familiares».

(3) Manuel Leguineche, «De caza con Delibes», *El País Semanal*, núm. 74, 10 de septiembre de 1978, p. 11.

dos y difusos de la tierra..., ponían en sus recuerdos una nota de palpitante realidad⁽⁴⁾

Esta es la naturaleza que predomina en la prosa delibiana. En ella existe la posibilidad de cierta armonía entre el hombre y su contorno. En *El camino*, esta circunstancia se describe con una fluidez sencilla, con tanto cariño y en un tono tan agrídulce que el lector se siente impulsado a dejarse encantar –igual que el Mochuelo– por este mundillo y sus personajes.

Lorenzo, el cazador de los dos *Diarios*, es un ejemplo inmejorable del enlace afectivo entre Delibes y sus personajes. El humilde bedel vive y trabaja en una ciudad pequeña, pero raramente describe este medio ambiente en sus anotaciones. Por otra parte, se explaya al relatar sus aventuras de caza indicando así su amor a su deporte y la campiña. Después de la «desveda», la primera excursión de la temporada, un día de mala suerte, Lorenzo apunta:

De todos modos ha sido un buen día. Salir al campo a las seis de la mañana en un día de agosto no puede compararse con nada. Huelen los pinos y parece que uno estuviera estrenando el mundo. Tal cual si uno fuera Dios.⁽⁵⁾

Esta reverencia hacia la Madre Naturaleza llega a ser un constante en muchos personajes delibianos, como se verá en seguida. La figura de la Madre Naturaleza empieza a cobrar mucha importancia a partir de *Diario de un cazador*. La naturaleza se ofrece como un regazo donde tranquilizarse y escaparse de la vida ajetreada de la ciudad, al mismo tiempo que ejerce una indiscutible fascinación sobre Delibes y sus personajes. Ambos gozan del espectáculo que les presenta, al mismo tiempo que respetan su poder.

Un día de mucho frío, Lorenzo y su amigo Melecio salen al campo. Después de comer empieza a nevar, pero los amigos siguen cazando. Lorenzo describe el escenario así:

Cara al viento la cellisca nos cegaba. El matababras zumbaba entre los chaparros y era un espectáculo ver los troncos blancos de un lado y del otro negros. La nieve cuajó a escape porque caían copos como platos. Melecio inclinado contra el viento con la escopeta en la mano, parecía un cromo.(p.78)

Para los dos cazadores, lo esencial de su deporte y de sus vidas es salir al campo y

(4) Miguel Delibes *El camino* (Barcelona, Destino, 1962), p. 80. (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

(5) Miguel Delibes, *Diario de un cazador* (Barcelona: Destino, 1974), p. 10. (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

competir con las piezas y las dificultades que les pone la Madre Naturaleza. Las condiciones desoladas de esta cacería indican al lector el grado de su afición.

Delibes escribe lo siguiente de su amor al campo y a la caza:

Desde que abrí los ojos me familiaricé con ls escopetas, con las perdices y con el campo... Es decir, descubrí un mundo distinto que empezó a formar en mí una segunda naturaleza.⁽⁶⁾

El conocimiento de la flora y fauna que Delibes ha conseguido a través de una larga experiencia en el mundo rural se hará patente en las descripciones que hace de Castilla y de los que viven y cazan allí; como se verá en los *Diarios*, *Las ratas*, *Los santos inocentes*, etc. Algunos han criticado duramente a Delibes el uso de tantos «preciosismos», es decir, los nombres comunes de animales y plantas. No cabe duda que esta jerga dificulta la lectura de muchos de sus libros, pero sin ella, perderían su genuino sabor a campo castellano. Es más, este lenguaje naturalista y campestre de Castilla llega a ser un rasgo estilístico que caracteriza al autor. Esta terminología estimula la curiosidad de sus lectores y despierta en ellos una toma de conciencia ante su desconocimiento del mundo rural, además de acercarlos a este sector de la sociedad y sus problemas.

La anotación del 22 de marzo es una de las más bellas de *Diario de un cazador*. Lorenzo y Melecio pasan la noche «al sereno en la salina de San Miguel,» (p.132) cazando patos a la luz de la luna. He aquí un ejemplo de la naturaleza natural, la no violada por la presencia de hombre. Lorenzo hace una descripción verdaderamente bonita del amanecer y de la flora y fauna del lugar:

El cielo blanqueaba por detrás de los tesos y la islilla de carrizos se empezó a animar... El campo estaba hermoso con los trigos apuntados. En la coquina de la ribera había ya chiribitas y matacandiles tempranos. Una ganga vino a tirarse a la salina y viró al guiparnos. Volaba tan reposada que le vi a la perfección el collarón rojo y las timoneras picudas. En la salina, la gabusia se despegaba del cieno del fondo. Era un espectáculo y le dije a Melecio que atendiera. Sólo se sentían los silbidos de los alcaravanes, al recogerse en los pinares. Así, como nosotros, debió de sentirse Dios al teminar de crear el mundo. (p.133)

¡Que espléndido y qué complicado es este lenguaje de Lorenzo! Los carrizos y las espadañas son plantas de terrenos húmedos. Ha llegado la primavera y el verdor del campo, «los trigos apuntados» y las flores silvestres, las chiribitas y los matacandiles tempranos, aumentan la belleza del cazadero. Al amanecer los pájaros que pueblan la salina empiezan a despertarse. Pasa una ganga («ave parecida a la palo-

(6) Miguel Delibes, *Obra completa*, II (Barcelona: Destino, 1966), p. 10.

ma, con alas y cola puntiagudas.»⁽⁷⁾ Vira al «guipar» los cazadores, verbo usado en tono jocoso que delata la alegría del escritor que puede observar de cerca la belleza del animal: el collarón rojo y las timoneras («plumas grandes de la cola de las aves, con las que dan dirección a su vuelo»);⁽⁸⁾ Como música ambiental hay la gabusia,⁽⁹⁾ el gas, que se desprende del cieno y sale a la superficie y «los silbidos de los alcaravanes (ave zancuda de plumaje pardo)⁽¹⁰⁾ al recogerse en los pinares.» Este es uno de los mayores placeres que el cazador de patos obtiene de su deporte: ver despertarse de nuevo al mundo. Los detalles que recuerda Lorenzo lo ponen en evidencia.

En esta época, la cara desagradable de la Madre Naturaleza en Castilla la Vieja, su veleidosa crueldad y la dureza de la vida que origina empiezan a hacerse patentes en la obra delibiana. Existe un período de cuatro años, 1959-62, en que predomina la lucha hombre/tierra, y en que despuntan las preocupaciones del novelista por su prójimo, sobre todo por las capas inferiores de la sociedad española y las condiciones míseras en que han de sobrevivir.

En 1959, Delibes publica *La hoja roja*, novela que trata de la emigración de una joven pueblerina, la Desi, a una capital de provincia donde trabaja como criada para don Eloy, un funcionario municipal jubilado. A través de la emigrante, y sus esfuerzos por adaptarse a la vida urbana, el novelista plantea una serie de problemas sobre a la vida rural en Castilla la Vieja que siguen siendo candentes hoy día.

Según el narrador, la muchacha nunca habría salido de su pueblo si no hubiera sido por una gran inundación: «De todos modos nada hubiera cambiado en la historia de la Desi sin la terrible riada del 52. Pero debía estar escrito».⁽¹¹⁾ La catástrofe, uno de los continuos recuerdos de la Desi, no sólo es el estímulo que acarrea su marcha, sino que permite a Delibes profundizar en ciertas facetas sociológicas de la Castilla rural. Sin duda, la Desi podría ser una de las miles de muchachas que salen de sus pueblos, dejando atrás una manera de vivir en favor de otra desconocida, jugándose así el futuro al azar, simplemente porque tienen entendido que se vive mejor en las ciudades.

La gran riada del 52 simboliza la existencia indigente y desgraciada del mundo rural de Castilla en el que el clima también influye en el bienestar económico y psicológico de los campesinos. La subyugación al desorden climatológico se hace patente en la figura de la ira, la desesperación y la enajenación mental de Práxedes, el Raposo, que en un arrebatado de cólera, al ver que el agua se lleva lo poco que tiene, mata brutalmente al medio hermano de la protagonista: «..., el Raposo, se incorpo-

(7) María Moliner, *Diccionario de uso del español* (Madrid: Gredos, 1977), p. 1372.

(8) Moliner, p. 1316.

(9) Esta palabra no se encuentra ni en el DRAE ni en el Moliner.

(10) Moliner, p. 420.

(11) Miguel Delibes, *La hoja roja* (Barcelona: Planeta, 1972), p. 36. (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

ró..., agarró una horca que tenía a mano y la hundió tres veces en el vientre del muchacho.» (p.39) Esta violencia junto con la incultura y el espectro del hambre volverán a verse en obras más tardías.

Aunque *La hoja roja* tiene lugar principalmente en una capital de provincia, Delibes usa continuas alusiones a la vida campestre para demostrar la influencia de la misma en sus personajes. Al describir un escenario urbano, el novelista emplea verbos o vocablos inconfundiblemente campestres. Por ejemplo, retrata los permisos dominicales del Picaza, el novio de la Desi, y sus amigos reclutas así: «Los domingos salían en *rebaño* del cuartel con sus colegas y si pasaba una señorita de buen ver, *rebuznaban* todos a coro. De dos a tres, para hacer tiempo, se iban en *manada* a ver las piernas y los pechos del escaparate.» (p.40) (Las cursivas son nuestras). Al terminarse una tormenta de nieve, el viento ahuyenta «a las nubes como el perro a las ovejas de un rebaño.» (p.55). Este verbo onomatopéyico y las referencias ganaderas subrayan la perdurable influencia del campo en su manera de pensar, además de indicar la relación entre el campesino y los animales que cría junto con cierta animalidad y atraso inherentes en su existencia.

En *Las ratas* (1962), Delibes acerca a sus lectores aún más al mundo rural de Castilla la Vieja. A través de los esfuerzos del tío Ratero y de su hijo, el Nini, para sobrevivir bajo la creciente escasez de ratas que cazar y las presiones de los políticos que quieren desalojarlos de la cueva en que viven, Delibes denuncia la situación desastrosa en que se encuentra el campesino de su región natal. Al mismo tiempo, presenta la lucha desigual entre los campesinos y la desagradecida tierra que trabajan. Hace uso de sus conocimientos naturalistas y agrícolas y del adusto panorama castellano para señalar la dependencia del hombre rural de las fuerzas climatológicas y sociopolíticas que controlan su vida.

La trama de *Las ratas* se desarrolla de otoño a otoño. Dentro de este marco temporal la acción oscila entre el quehacer cinegético de los rateros y las tareas de los labradores.

La biología influye mucho en el contenido y la forma de *Las ratas* y los detalles y minucias naturalistas crean gran parte del trasfondo de la novela. Por ejemplo, cuando la Fa, la perra del tío Ratero, da a luz a ocho cachorros, el cazador mata siete, quedándose con el mejor. La ley del más fuerte rige la vida de los lugareños. Otro cazador, Matías Celemin, el Furtivo, es una muestra de cómo esta subexistencia delibiana condiciona la manera de ser del individuo. Al igual que los animales que persigue, el Furtivo suele, «velar de noche y dormir de día»⁽¹²⁾ Estos dos cazadores son dos seres humanos animalizados.

La novela termina de manera fulminante cuando el Ratero mata a Luis, el rate-

(12) Miguel Delibes, *Las ratas* (Barcelona: Destino, 1971), p. 50. (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

ro de Torrecillóriga, un cazador aficionado al que probablemente no afecta la escasez de ratas. Pero, para el Ratero, Luis invade y viola su territorio. Con la muerte del intruso, el tío Ratero vuelve a dominar, pero sin embargo destruye su vida, y la de su hijo y la de Luis, todos víctimas inocentes de la brutalidad del campo castellano. Esta «jerarquía del picoteo» se observa a nivel político también. Fito Solórzano, el Jefe Provincial, quiere desahuciar al tío Ratero de su cueva por ser la única vivienda de este tipo que queda en la provincia. Pasa sus órdenes a Justito, el alcalde que a su vez manda a Pepe, el alguacil.

El Nini es el enlace entre el mundillo cinegético y la vida agrícola que Delibes presenta en *Las ratas*. Goza de mucha libertad, y esta independencia le brinda la oportunidad de pasar mucho tiempo explorando las tierras del villorrio, y de llegar a conocer a éstas y a sus pobladores íntimamente. Es un pequeño «protoecólogo», el guardián de la flora y fauna de la campiña, y de las costumbres, y la cultura campesinas: sabe quitar los topes del huerto, desollar un cerdo, etc. Con el Nini, Delibes lamenta la extinción de estos conocimientos naturalistas y agrícolas, desaprobación que se volverá a ver en sus obras posteriores.

El capítulo doce de *Las ratas* trata de la relación entre el Nini y la Columba, la esposa del alcalde. Ella nació en la ciudad y no aguanta la vida en el villorrio. Delibes contrasta el mundo urbano de la mujer con el medio ambiente que ella no quiere comprender, pero que tiene su encanto para los que lo conocen:

Para la Columba, el pueblo era un desierto y la arribada de las abubillas, las golondrinas y los vencejos no alteraban para nada su punto de vista. Tampoco los alteraban la llegada de las codornices, los rabilarcos, los abejarucos o las torcaces volando en nutridos bandos a dos mil metros... (p.105)

Delibes vuelve a aprovechar sus conocimientos naturalistas para escribir este pasaje. Menciona varias especies cinegéticas migratorias: las codornices, las palomas torcaces y el rabilarco.⁽¹³⁾ En este capítulo las alusiones a la avifauna se cuelean para ayudar a subrayar las diferencias entre los dos personajes y la existencia urbana y campesina.

Un día, el Nini se topa con Luis. Intenta persuadirle de que no debe cazar durante la veda; le advierte: «Destruyendo las camadas terminarás con las ratas». (p.119). En este momento el lector se da cuenta del sutil paralelismo que el novelista ha creado entre las existencias del Nini y su padre y la escasez de las ratas. Las

(13) Aquí Delibes se equivoca o se confunde. El rabilarco es una especie de urraca. Tampoco es un ave migratoria. Es evidente que el novelista se refiere al pato rabudo. En su novela *Los santos inocentes*, volverá a cometer otro error de este tipo al escribir que los venados entran en celo en la primavera, no durante el otoño.

fuerzas políticas tratan de destruir la cueva, la hura, de los rateros. Si los gobernantes logra realizar su deseo, acabarán con las ratas humanas de la provincia. A nivel biológico, una fuerza desconocida causa que se extingan las presas: declive quizás agravado por la presencia de Luis. Así, dos poderes forasteros –Luis y los políticos–ingenuos e ignorantes, estropean la ecología del microcosmo y desbaratan las vidas de sus pobladores humanos y animales.

En el último capítulo, la Madre Naturaleza, ente supremo del escalofón socio-naturalista de *Las ratas*, desata y descarga toda su furia sobre el desgraciado villorrio con una tormenta que estropea la cosecha. El lector se da cuenta ya desde el principio de que los lugareños son unos pobres diablos, apegados a la tierra, condenados a vivir en un pueblo de mala muerte que: «... era también pardo, como una excrescencia de la propia tierra.» (p.13) El Nini y el tío Ratero no sólo son unos trogloditas sino que el pueblo entero no es más que una hura inmensa cuyos convecinos, a pesar de su condición de seres humanos, dependen del clima y de unos factores geográficos embrutecedores. En esta novela, un animal, la rata, se alza como símbolo, triste imagen de la vida rural en Castilla la Vieja.

Durante los primeros años de su ilustre carrera novelística Delibes hace uso de sus conocimientos personales de las tierras de Castilla la Vieja y de la Montaña para crear el trasfondo de mucha de su producción literaria. Entre 1950 y 1958 dos naturalezas, ya sea la «natural,» ya sea en la que el hombre ha dejado sus huellas, formarán el medio ambiente en que se desarrollan sus obras. Es un contorno más o menos ameno y en que sus personajes se encuentran muy a gusto. El novelista también se regocija en la descripción de estos paisajes, y su flora y fauna, hecho que llega a caracterizar su manera de escribir. De 1959 a 1962 el papel de la naturaleza cambia en la obra delibiana. El novelista utiliza la dureza geográfica y el clima veleidoso de Castilla la Vieja para denunciar la mísera existencia del campesino castellano. En este período Delibes se politiza y brega siempre a favor de su prójimo y en contra de las condiciones en que viven las clases humildes de la sociedad. Emplea sus conocimientos campestres y naturalistas para crear alusiones y símbolos que mejoran su estilo. La rata viene a representar el triste estado del campesino castellano. La Madre Naturaleza se alegoriza. Es este conato de variar el papel que desempeña la naturaleza en la obra delibiana lo que se analizará a continuación.

En esta parte, que comienza con un análisis de la naturaleza en *Parábola del náufrago* (1969), y termina con un estudio de lo natural en *Los santos inocentes* (1981), se observará que el papel sociopolítico y poético de la naturaleza y lo campestre se acentúa. Será menester hacer hincapié en este proceso y en el empeño de la experimentación por parte de Delibes para aprehender su ideología y la importancia de la naturaleza dentro de la totalidad de su producción literaria.

Parábola del náufrago (1969), una de las novelas delibianas más apreciadas y analizadas por los estudiosos de su obra, relata la degradación de Jacinto San José.

Jacinto vive en una sociedad futura donde trabaja como humilde empleado de don Abdón S. L. Un día, se atreve a preguntar por el sentido de su trabajo de sumar cerros, y don Abdón le manda al Refugio de Recuperación nº13, una especie de colonia penal individual, rodeada por un seto cuyo crecimiento desenfrenado amenaza devorar al protagonista. *Parábola* es una novela futurista „anti-utópica, que, «intenta ser la transcripción de una pesadilla del propio novelista»⁽¹⁴⁾ La historia de Jacinto es, al mismo tiempo, la escalofriante y pesimista trayectoria de una sociedad venidera, que, debido a su tecnología, acabará por destruir al individuo.

Parábola, es otra novela delibiana cuya acción oscila entre el ambiente urbano y el campestre. En el campo hay dos naturalezas. La primera es la auténtica; la geografía y la geología con sus ecosistemas; que han estado allí desde hace milenios. Este medio ambiente ha sufrido el dominio del hombre, y, pese a todo, sobrevive y sigue proporcionando al ser humano un remanso de paz y tranquilidad. Como a muchos personajes de Delibes, a Jacinto le gusta escaparse al campo para poder serenarse. Curiosamente, la presencia del hombre en el campo es mínima aunque se deja notar. Jacinto observa los restos de un colmenar y un molino al llegar al Refugio de Recuperación. Es evidente que la campiña ha sido abandonada y relegada al olvido por la nueva sociedad. La vida rural ha desaparecido y ha sido reemplazada por un refugio y un seto, es decir, una cárcel. Esta es la segunda naturaleza de *Parábola*, una nueva, artificial e inventada: el contorno ajardinado de la ciudad y el seto híbrido. Es una naturaleza contrahecha y desmadrada, en particular el seto que se eleva al rango de un personaje negativo e implacablemente destructor. El contraste entre estas dos naturalezas a lo largo de la novela señalará un aspecto clave de la ideología delibiana: su temor ante el voluntario alejamiento del hombre moderno de su contorno original y los efectos y detrimentos que ha producido este distanciamiento en su manera de ser.

Este parangón entre las dos naturalezas se establece desde el principio de *Parábola*. El primer paisaje que describe Delibes es completamente urbano:

Primero estaba la calzada con el paso cebrado de peatones, luego la acera de grises losetas hexagonales,... el macizo edificio de mármol blanco, con amplios ventanales rectangulares..., y, en lo alto, presidiéndolo todo, el luminoso parpadeante: DON ABDON S. L.⁽¹⁵⁾

El «hombre tecnológico» ha plasmado el entorno a su gusto, creando una exactitud geométrica que imprime una frialdad impersonal terrible en la sociedad.

Más que en las otras novelas delibianas anteriores, en *Parábola* las dos natura-

(14) César Alonso de los Ríos, *Conversaciones con Miguel Delibes* (Madrid: E.P.E.S.A., 1971), p. 99.

(15) Miguel Delibes, *Parábola del naufrago* (Barcelona: Destino, 1978). (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

lezas (como se verá enseguida) desempeñan un papel metafórico y simbólico fundamental. A partir de este libro va a aumentar la preocupación de Delibes por los estragos causados por el hombre moderno en el medio ambiente. También resulta ser un comentario feroz acerca de la degradación y la minimización del individuo por causa de un mundo técnicamente superdesarrollado pero espiritualmente atrasado. El novelista resume sus ideas sobre el progreso así:

... el verdadero progresismo no estriba en un desarrollo ilimitado y competitivo, ni en fabricar cada día más cosas, ni en inventar necesidades al hombre... sino en racionalizar la utilización de la técnica, facilitar el acceso de toda comunidad a lo necesario, revitalizar los valores humanos, hoy en crisis y establecer las relaciones hombre-naturaleza en un plano de concordia.⁽¹⁶⁾

La característica principal de la sociedad en que vive Jacinto es la de una desolación estéril en que nada ni nadie pueda crecer, ni ser productivo. El espeluznante trance en que se encuentra Jacinto representa, para Delibes, la crisis, el rumbo decadente que ha emprendido el hombre moderno. Irremediablemente, se va distanciando de sus raíces; de su prójimo, dejándose llevar por las poderosas corrientes tecno-económicas que controlan el mundo entero. Jacinto está a la deriva, naufrago en un mar de palabrerías y dentro de una humanidad hueca: «... lo que Jacinto busca y no encuentra es un asidero estable, un pecho henchido o una planta, donde arraigarse para poder sobrevivir.» (p.109) Este pecho o planta, que en las otras novelas delibianas es la Madre Naturaleza, se esfuma en *Parábola* y es reemplazada por la ridícula figura de don Abdón, «el padre más madre de todos los padres,» (p.23) y cuyas «abrigadas y acogedoras turgencias pectorales,» (p.23) ofrecen la sensación de protección que tanto añoran los tímidos como Jacinto.

A pesar de su timidez y de su buen expediente en la empresa, Jacinto «ha pensado», y don Abdón le envía a un refugio de recuperación. Allí le mandan plantar y regar unas semillas. En poco tiempo el desgraciado se encuentra rodeado de un seto, «un muro vegetal,» que «repta,» «serpentea,» que amenaza ahogarlo. En vez de tranquilizar al individuo, esta naturaleza lo incomunica, lo aterroriza. A Jacinto, «la maleza le empuja hacia dentro en su *progreso insidioso.*» (p.123) (Las cursivas son nuestras.)

El seto exhala «un aroma dulzón, concentrado y mareante.» (p.167) que exacerba el desconcierto y el enloquecimiento del pobre protagonista. Cuando desesperado grita: «¡Estoy prisionero!» (p.144), el eco producido por la vaguada le contesta «ero,» mofándose así de su cautiverio; echándole en la cara su impotencia. Las dos naturalezas están conjuradas en contra de Jacinto. La Madre Naturaleza real se venga del «*hombre tecnológico,*» y de su abuso.

(16) Miguel Delibes, *S.O.S.* (Barcelona: Destino, 1976), p. 62.

Jacinto es un hombre inocuo, inofensivo e ingenuo que, de golpe, se ve metido en un embrollo incomprensible, de pesadilla, donde acaba totalmente envilecido. La zozobra e inseguridad de Jacinto debe estimular al lector a preocuparse por todo lo que lo rodea. De esta manera, la parábola de Jacinto se convierte en el naufragio de la humanidad entera. En *Parábola*, Delibes sigue su credo de denunciar el progreso tecnológico desmedido junto con la injusticia que precipita éste entre las clases humildes de la sociedad. En esta novela se hace patente que al menos parte de la culpa de estos males la tiene el hombre, precisamente por haberse alejado u olvidado de su legado campestre y agrícola.

Las guerras de nuestros antepasados (1975), es la historia de Pacífico Pérez, un hombre retraído y enfermizo, que está preso por haber matado al hermano de su novia. En el penal sanatorio, el desgraciado recuerda y cuenta su vida al médico, el doctor Burgueño, que graba sus diálogos e interrogatorios con Pacífico en un magnetófono. Esta novela dialogada se compone de siete conversaciones. Durante las tres primeras sesiones, Pacífico relata la vida en su pueblo, los rencores de los lugareños, las hazañas bélicas de su padre, abuelo y bisabuelo, las milagrerías y otros acontecimientos que influyen en su formación. La cuarta conversación trata de la relación amorosa entre la Candi y Pacífico, la muerte del hermano de Candi a manos del protagonista y el absurdo juicio de Pacífico. En los últimos tres diálogos, Pacífico explica al médico su vida en el penal y su participación en un intento de escaparse del lugar. El médico también prelude y termina la historia con un monólogo introductorio y otro a modo de epílogo.

Pacífico vive en un pueblo del norte de Castilla llamado Humán del Otero. Parece ser un sitio escogido por Dios, un lugar de mucha belleza natural, una minúscula tierra de maravillas. Detrás de la casa de Pacífico, por ejemplo, hay una higuera, «donde dicen que llovieron hostias»⁽¹⁷⁾. El tío Paco, asesor naturalista y protector de Pacífico, tiene un camueso, un manzano que, «florece en noviembre y perdía hoja en abril.» (p.19) Este árbol, que florece y da fruta a destiempo, simboliza la situación de Pacífico. El joven tímido, es igual que el manzano, un llevacontrarias. Tiene cualidades extraordinarias pero su bondad y deseo de ayudar al prójimo maduran inoportunamente, y la frialdad y la oscuridad que lo rodean terminan por hundirlo. Por otra parte, en Humán nace el río Embustes, río de la vida, que entra en conflicto con la existencia llena de falsedades y argucias del lugar. El personaje que mejor representa este aspecto de la vida, en particular, el dominio del más fuerte, es el padre de Pacífico, que dice continuamente a su hijo: «sangra o te sangrarán». Desgraciadamente, el «amaos» no existió en el pueblo, o si existe, es tan raro

(17) Miguel Delibes, *Las guerras de nuestros antepasados* (Barcelona: Destino, 1975). (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

como un manzano que dé fruto en invierno o una higuera que llueva hostias. Humán, que podría ser un pequeño jardín del Edén, resulta ser un microcosmo que refleja el triste estado del mundo entero.

En *Las guerras de nuestros antepasados*, la naturaleza llega a tener características fantásticas. Estos elementos aumentan la gracia del relato y sirven a la vez para poner en evidencia las ideas de Delibes: la soledad, la enajenación del individuo producidas por la frialdad de su circunstancia, la apremiante necesidad de amar y respetar al prójimo y lo absurda que ha sido la historia de la humanidad.

El disputado voto del señor Cayo (1978), es otra novela delibiana en que la naturaleza y la vida rural sirven para contrastar y subrayar el alejamiento del hombre moderno de lo que durante la última parte de su historia ha sido su sustento: la tierra. La novela trata de tres jóvenes: Víctor Velasco, Laly y Rafa. Los dos primeros aspiran a ser elegidos diputados en las próximas elecciones, y el último es un joven militante del partido que conduce el coche en que viajan a unos pueblos alejados de la Montaña. Allí esperan ponerse en contacto con los pueblerinos, mostrando así su «preocupación» por este sector olvidado de la sociedad. En uno de ellos, Cureña, el trío conoce al señor Cayo, campesino de 83 años que sigue viviendo su vida de labrador a pesar del hecho que sólo quedan su esposa, el y «otro», con quien no se habla, en la aldea. Durante la tarde, el anciano les enseña el pueblo y su manera de vivir, unas horas que resultan ser una toma de conciencia, sobre todo por parte de Víctor, de lo que es y lo que ha sido la vida campestre.

La acción tiene lugar en menos de 24 horas desplazándose de la ajetreada actividad y confusión preelectoral de la sede provincial del partido, a una inmersión, primero en automóvil y luego a pie, en la campiña. Termina con la vuelta a la ciudad, pero no antes de que lleguen los representantes de otro partido a Cureña y azoten a Víctor con una cadena. En este breve período de tiempo, Delibes vuelve a describir la vida campesina, mostrando así su preocupación por su estado en decadencia y su temor y tristeza ante la pérdida o desaparición de esta cultura. Vuelve a tocar sus temas favoritos, el amor al prójimo y el conflicto entre la sociedad moderna urbana y la vida dura pero apacible del campo.

Delibes contrapuntea hábilmente los rasgos físicos, psicológicos, y sociológicos de sus personajes, sobre todo las reacciones de los jóvenes al verse sumergidos en un ambiente que por más señas les es totalmente desconocido. Por ejemplo, Delibes reproduce el argot de los jóvenes del partido fielmente y sin remilgo alguno:

—Joder, esos macarras no dejan al pueblo ni descansar.⁽¹⁸⁾

.....
—Yo paso de eso, majo, ya lo sabes... (p.26)

(18) Miguel Delibes, *El disputado voto del señor Cayo* (Barcelona: Destino, 1978), p. 36. (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

El contraste empieza en la ciudad, en las oficinas del partido. Describe el narrador:

El vestíbulo, ... estaba en plena ebullición. Había humo de cigarrillos y voces y risas y apremios y octavillas y folletos desprendidos de los rimeros, desparramados por el suelo. (p.10)

El capítulo III empieza con la descripción del bar donde se han reunido los políticos antes de emprender su viaje. Es una estampa costumbrista de la vida urbana española:

Grupos bulliciosos de jóvenes se arracimaban, charlando y fumando, ante la barra de la cafetería, en un hervor humano, confuso y excitante. Por el suelo se entremezclaban desperdicios de marisco, huesos de aceituna, puntas de cigarrillo. (p.40)

Los políticos cogen el coche y salen al campo. El automóvil en *El disputado voto* es una máquina del tiempo; en él Víctor, Laly y Rafa se remontarán al pasado e irán dándose cuenta de lo que era la vida rural en el norte de Castilla. Entran en un pueblo a tomar un vino: «Las calles estaban desiertas y en la plaza, sin pavimentar, con una olma en el centro, ... brillaban los charcos». (p.56) Prosigue el narrador:

En la cantina en penumbra, ... dos hombres de edad fumaban parsimoniosamente ante dos vasos de tinto... (p.56)

El contraste entre la cantina y el bar que los personajes acaban de dejar en la ciudad no puede ser más sobrecogedor. Este representa la nueva España, «democrática», (sic) febril, en ebullición, dominada por las ideas nuevas y los jóvenes idealistas y enérgicos. Aquella simboliza la vieja España, que va quedando atrás, que está llamada a desaparecer, que está desconocida si no olvidada a finales del siglo XX.

En el capítulo V, los jóvenes llegan a Cureña y conocen al señor Cayo: «un hombre viejo, corpulento, con una negra boina encasquetada en la cabeza y pantalones parcheados de pana parda.» (p.81) El parangón entre los dos sectores tan dispares y distantes de la misma región geopolítica sigue gracias a una fluctuación constante y creciente entre el lenguaje callejero y urbano de los jóvenes y el habla precisa y campestre del señor Cayo. El anciano irá indicando y explicando a los jóvenes con «su hablar mesurado y parsimonioso,» (p.82) la historia y la vida de su pueblo. Es decir, se truecan los papeles. Los jóvenes, que hacen el viaje para exponer las ideas de su partido sobre el futuro de España y quieren mentalizar al campesinado para que al menos vote en las próximas elecciones, van a ser instruidos por el viejo labrador de lo que queda de vida en un pueblo de la Montaña. De la boca del anciano, el lector, junto con Laly, Rafa y Víctor, aprende que la escriña es una cesta para recoger las enjambres de abejas, que la chova es un pájaro carnívoros, que las

flores silvestres tienen su propio nombre. Los forasteros se dan cuenta de que el viejo campesino sabe trabajar la tierra en su beneficio y que se vale por sí mismo.

El grupo oye reclamar a un cuco, o como lo llama el labrador, el cuclillo. Según el señor Cayo, es un ave de mala ralea porque «pone sus huevos en nido ajeno, de los pájaros más chicos que él, para que saquen los pollos adelante.» (p.127) Comenta Víctor: «como algunos hombres,... los amos y los jefes.» (p.127) Enseguida, el señor Cayo le pregunta si él no quiere ser jefe. Contesta torpemente el político aspirante, que él va para disputado, no jefe, pero esto no convence al viejo. El novelista se vale del cuco para hacer un comentario político muy fino. Al mismo tiempo, demuestra la inteligencia montaraz del campesino.

A la vuelta, Víctor que ha quedado impresionado por la excursión, se confiesa a su compañeros:

—Yo veo una cosa aleteando en el cielo y sé que es un pájaro. Veo una cosa verde agarrada a la tierra y sé que es un árbol, pero no me preguntéis sus nombres... Yo no sé una puñetera palabra de nada. (pp.167-68)

Más tarde hace el siguiente comentario:

... nosotros los listillos de la ciudad, hemos apeado a estos tíos del burro con el pretexto de que era un anacronismo, Y, ¿qué va a ocurrir aquí,... el día que en todo este podrido mundo no quede un solo tío que sepa para qué sirve la flor del sauco? (p.177)

El viaje a Cureña ha resultado ser una toma de conciencia fortísima para el candidato.

Con esta novela, Delibes pretende presentar al lector otra parte de Castilla, la Montaña, y su realidad sociohistórica, basándose en un hecho real, las elecciones de 1977. Su gran acierto es subrayar las enormes diferencias que existen entre la España urbana y la rural. Los protagonistas jóvenes, con sus ideales sociopolíticos: la liberación de la mujer, la necesidad de cultura, su deseo de luchar por una España democrática, etc., junto con los males que encierra su existencia en la ciudad: la vida ajetreada, de bares, de hacinamiento, de poco ejercicio físico, se contrastan con la vida tranquila, independiente y sana del señor Cayo. Los políticos, en particular Víctor, se sorprenden cada vez más de este mundo desconocido. La Naturaleza, su flora y fauna y fronda, le sirven al autor como telón de fondo cambiante que indica el contraste entre estas dos existencias; subrayando a la vez un desconocimiento total y mutuo por parte de estos dos sectores de la sociedad.

En 1981 Delibes publica *Los santos inocentes*, la historia de unos desamparados y pobres seres que trabajan y viven en un cortijo en el sur de España, y cuyo dueño, el señorito Iván, es un apasionado de la caza. Antes de profundizar en el es-

tudio de *Los santos inocentes*, habrá que estudiar al Miguel Delibes cuentista y analizar dos cuentos suyos que tienen puntos de contacto con esta novela. El primero. «La milana», publicado en 1963, cuyo protagonista Azarías, da título al Libro Primero de *Los Santos Inocentes*, guarda una relación obvia con la novela ya que los argumentos de las dos obras son casi iguales. Los antagonistas del segundo cuento, «El amor propio de Juanito Osuna», (1963), son maniáticos de la caza, al igual que el señorito Iván.

«La milana» trata de la vida de Azarías, un gañán subnormal, su vida en un cortijo de Extremadura, sus rarezas, las relaciones que guarda con los que viven allí y la entrañable amistad que tiene con su «milana», que en realidad no es una milana, sino un gran duque, un búho gigantesco. Azarías es un sirviente especializado en asuntos de caza aristocrática. La amistad que tiene con su «milana», enemigo natural de las otras aves rapaces, que atacan ciegamente al gran duque nada más divisarlo, permite a Azarías ser un experto en el reclamo de aves rapaces. Su equívoco al llamar al gran duque «milana» puede parecer extraño en un personaje rural delibiano, pero es el primer indicio que recibe el lector de la subnormalidad del gañán.

Como otras muchas personalidades delibianas: Germán, el Tiñoso de *El camino*, y el Nini, de *Las ratas*, Azarías tiene una consideración y trato especiales para con los animales. La amistad es tal que el pájaro, normalmente un animal terriblemente feroz y antipático, acepta a Azarías y se deja coger. Se vuelve aquí a uno de los argumentos del pensamiento delibiano: si un hombre simple e inocente es capaz de entablar amistad con un búho malhumorado y arisco, ¿por qué no puede llevarse bien el hombre con su prójimo? La «milana» se alza como símbolo de la desesperanza del hombre moderno y de su inhabilidad de progresar en el sentido humanitario de la palabra, además de convertirse en una figura fraternal que restaña la soledad del gañán.

Para mostrar el enlace afectivo entre Azarías y sus pájaros, además de su modo particular de entender el mundo, Delibes le hace repetir los sonidos producidos por las aves: el «uuuuh», del gran duque y el «quia» de la grajeta que el protagonista amaestra en *Los santos inocentes*. Estas palabras onomatopéyicas también aumentan la realidad y el sentimiento de presencia del lector en los dos relatos. Otras veces, y con el mismo objetivo, el escritor se limita a reproducir con verbos los sonidos emitidos por los animales salvajes que viven en la dehesa: «el fúnebre ulular de los lobos»⁽¹⁹⁾ o, «el carábo, aullando y carcajeándose» (p.21).

El recurso estilístico más llamativo del cuento: «El amor propio de Juanito Osuna» es el uso de lo que el escritor denomina su diálogo interior. Paquito, el narrador, cuenta la vida de Juanito Osuna y recapitula los acontecimientos de las

(19) Miguel Delibes, *Los santos inocentes* (Barcelona: Planeta, 1981), p. 20. (Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis).

ocho batidas del día a un compañero de caza, «este señor», personaje que podría ser el mismo Delibes. El cuentista sumerge al lector en este estilo desde el principio del relato que es, en realidad, un solo párrafo de quince páginas.

El egoísmo y la locura cinegéticos de Paquito se reflejan en sus manías y excusas. Dice Delibes: «Siempre he dado importancia a las manías, porque estimo que ellas son las que definen un carácter».⁽²⁰⁾ La manía venatoria de los dos personajes de «El amor propio» repercute en la mente del lector evidenciando su vanidad pueril. A estos cazadores lo único que les importa es el número de piezas que maten. Despilfarran el dinero, malgastan el tiempo pegando tiros y abaten cantidades increíbles de pájaros. No piensan en lo que podrían hacer en beneficio de su país. No es de extrañar que Delibes arremeta contra estos «cazadores», y que despunten aquí sus ganas de proteger a sus amigas las perdices, su medio ambiente y los humildes e inocentes personajes que aguantan resignadamente el ultraje y la vejación de sus señoritos.

Delibes aprovecha la pasión cinegética del cazador aristocrático al grado máximo en *Los santos inocentes*, novela también ambientada en un cortijo de Extremadura. El señorito Ivancito es otro cazador maniático. Con su comportamiento en la última parte del Libro Sexto, «El crimen», se toca el fondo de esta personalidad negativa. Ante la falta de pájaros contra que tirar durante una cacería de palomas, el que parece ser un anormal es el cazador y no Azarías:

... empezó a disparar a diestro y siniestro, a los estorninos, y a los zorzales, y a los rabilargos, y a las urracas, que más parecía loco, y entre tiro y tiro, voceaba como un enajenado. (p.169).

También mata a la «milana», la grajeta de Azarías.

La falta de caza precipita una locura sanguinaria en Iván. Este acto de matar la grajeta causa una metamorfosis en el subnormal. El viejo gañán se convierte en el vengador no sólo de un sector de la sociedad maltratado y despreciado por los que deberían ocuparse de su bienestar, sino también en el de la Madre Naturaleza, esta última harta de la caza destructora e indiscriminada. Siendo la naturaleza su medio ambiente preferido y el que le ha proporcionado dos compañeros entrañables (un búho y una grajeta) sus «milanas», es lógico que sea Azarías quien tome revancha. El trato y la comprensión tan sinceros entre el subnormal y unos animales no se logra entre estas dos «clases» que comparten el mismo habitat. La fauna, sobre todo las especies de caza, ultrajada por unos señoritos que se jactan de ser cazadores, pero que en realidad sólo piensan en matar, es otra víctima de este grupo social, y reacciona por mano de Azarías en contra de este tratamiento denigrante.

(20) I. M. Link, Tesis, Universidad de Oklahoma, citado por Ramón Buckley, *Problemas formales en la novela española contemporánea* (Barcelona: Península, 1973), p. 86.

En el gañán, la Madre Naturaleza escoge un verdugo perfecto. Su consabida sub-normalidad le libraré de cualquier pena jurídica. Comete un crimen premeditado, se toma la justicia por su mano, pero es impulsado por un sentido de rectitud muy lejos de lo que se considera la criminalidad reprehensible.

Azarías ahorca a su señorito y éste muere con «unos espasmos electrizados» (p.175). La muerte de Ivancito puede significar el último pataleo, el comienzo del fin de esta vida señorial en España. También puede ser un aviso para esta clase, o simplemente un respiro para estos humildes campesinos, y la fauna que comparte con ellos su mundo. Por eso, al final, Azarías queda «arriba» en el árbol y, «en ese instante, un apretado bando de zuritas batió el aire rasando la copa de la encina en que se ocultaba» (p.176). Es un final lleno de sugerencias, y cuyo propósito es dar al lector la idea de que si en el mundo de hoy domina la injusticia, al menos en lo que atañe a estos desamparados en el campo, se ha hecho justicia. Se podría aplicar a *Los santos inocentes* lo que Delibes dice de su novela *Parábola del naufrago*: «... es un sencillito homenaje a tantos inocentes como en el mundo han sido y son inmolados a la autocracia»⁽²¹⁾

Casi desde el principio de su larga e ilustre carrera literaria, Miguel Delibes aprovecha y explota sus conocimientos de los campos de Castilla en su prosa. La naturaleza le servirá siempre como un trasfondo variopinto e interesante; descrita con un lirismo y realismo que delata el afecto que siente el novelista hacia su región natal y su país. La campiña, ya sean las tierras secas de la meseta, la Montaña, o Extremadura, figurarán como un elemento recurrente de su quehacer literario. Estos paisajes, junto con los hombres y la flora y fauna que los habitan, proporcionan al literato una parte considerable de sus personajes y ambientes novelescos.

La naturaleza en la prosa delibiana puede dividirse en varias categorías. Una es el mundo agrícola, en que el campesino se relaciona íntimamente con los recursos naturales circundantes. Otra es la naturaleza natural, la que no ha sido afectada por el hombre. En *Las guerras de nuestros antepasados*, Delibes crea una naturaleza nueva para él, una fantástica que le permite ironizar y satirizar la condición del hombre moderno y su falta de comprensión hacia todo lo que lo rodea. Finalmente, está la naturaleza dominada por el «hombre tecnológico», un medio ambiente alterado y artificial. Delibes alterna el papel que desempeñan estas naturalezas en cada una de sus novelas. Lo que a primera vista y en las primeras novelas es un telón de fondo rural, lleno de nombres de animales, plantas, hitos geográficos y jerga campesina, se convierte gradualmente en símbolos y elementos estilísticos que mejor representan las ideas de Delibes y obedecen a su afán de variar su estilo.

Los «preciosismos», las minucias naturalistas, la terminología y la jerga campesinas forman un vocabulario inusitado, inaudito que pueden interesar o molestar al

(21) Alonso de los Ríos, p. 105.

lector. Pero que sin duda alguna, dejan una viva impresión en el mismo. Estos detalles singularizan y personifican la prosa delibiana. El habla de los personajes rurales de Delibes los diferencia al mismo tiempo que ayuda al lector a profundizar en su manera de ser. Delibes se sirve de las alusiones ganaderas, agrícolas o cinegéticas para caracterizar a sus personajes y para realzar su legado campestre. La naturaleza ayuda a Delibes a crear el sentido y la forma de sus obras. Como se ha observado, las temporadas de caza, el ciclo agrícola, la biología y fluctuación entre un contorno urbano y otro rural apuntalan la estructura de muchos de sus libros. Los elementos paisajísticos, los factores climatológicos y la flora y fauna van intensificando su valor simbólico en la obra delibiana. En los dos *Diarios*, los cazadores y las especies cinegéticas, sobre todo la perdiz roja, manifiestan la verdadera manera de ser de Lorenzo. En *Las ratas*, Delibes utiliza la rata para simbolizar y denunciar la subexistencia y la brutalización del campesinado castellano. Las riadas, las tormentas, las heladas, etc., realzan la dureza de la vida rural. En *Parábola del naufrago*, el seto encarna las ideas del novelista en cuanto a la tecnología y la vilificación del individuo hacia su entorno. Las «milanas» de Azarías compendian las creencias de Delibes acerca de las relaciones recíprocas hombre/hombre y hombre/naturaleza.

Este desarrollo estilístico también se observa en el cambiante papel que desempeña la Madre Naturaleza. Daniel y Lorenzo se extasían ante su belleza. Asimismo, el Nini y el tío Ratero sólo encuentran su autenticidad en el campo. Pero, en *Las ratas*, la Madre Naturaleza se alegoriza convirtiéndose en una figura veleidosa y embrutecedora. En *Parábola del naufrago*, la Madre Naturaleza es reemplazada por don Abdón, un ente todopoderoso, que representa los temores del novelista debido a los desenfrenados avances tecnológicos del siglo veinte. En *El disputado voto del señor Cayo*, Delibes da un ejemplo gráfico, real, de la emigración del campo por parte del hombre moderno, mostrando así su tristeza ante la pérdida de los valores positivos que este sector de la sociedad puede aportar al mundo. Finalmente, en *Los santos inocentes*, la Madre Naturaleza se pone del lado de los humildes y se venga del maltrato que ha recibido todo su dominio por medio de Azarías. Es esta preocupación por parte de Delibes para con el individuo y su medio ambiente, junto con el continuo proceso de experimentación y utilización de todo lo natural lo que caracteriza su ideología y su pluma.